

AA. VV. *Mujeres en la Primera Guerra Mundial. Vanguardia y retaguardia*. Introducción de Begoña Sánchez González. Epílogo de Carmen Suárez Suárez. Colec. Añil Feminista /AFA. Cuadernos Feministas 2017.

Oliva BLANCO CORUJO

En 2014 se cumplían 100 años del conflicto bélico que ensangrentaría los campos y ciudades del continente europeo.

Como suele suceder en este tipo de efemérides (v.g. el bicentenario de la Revolución Francesa) se produjeron un alud de publicaciones sobre el acontecimiento en las que, como también suele suceder, la participación de las mujeres se dejaba de lado, salvo honrosas excepciones como es el caso en la magnífica obra de Bárbara Tuchman, *Los Cañones de Agosto* y *La torre del orgullo*.

Se suele olvidar o, en el mejor de los casos, minimizar la afirmación del mariscal francés Joffre: «Si las mujeres que trabajan en la industria bélica pararan la producción veinte minutos, la guerra estaría perdida». Y también se suele reducir a anécdota la apreciación del primer ministro inglés, sir Lloyd George: «Sin mujeres no hay victoria rápida». Tras esta rotunda

afirmación, se escondía la réplica a la jactancia de los alemanes que confiaban en que la guerra fuese un paseo militar; en sus propias palabras, tras invadir Bélgica: «Esta noche comemos en París y cenamos en Petrogrado».

Lamentablemente no fue así y un saldo de 16 millones de muertos (la mitad de ellos población civil) y 20 millones de heridos sería el coste de la Gran Guerra que asoló a Europa.

Pero debemos subrayar de nuevo que la guerra no se libró solo en las trincheras y señalar que, sin la contribución del sexo femenino, «ese gran esfuerzo humano», para utilizar la expresión del historiador Fontana en *El siglo de la revolución*, no sospechoso de conservadurismo, aunque sí de cierta misoginia, no se habría alcanzado la victoria.

No cabe duda que los carteles jugaron un papel fundamental como elementos de agitación y propaganda, como hemos estudiado en el capítulo «Agitando conciencias, propagando estereotipos».

Pero más allá de los estereotipos reconocidos, como las enfermeras o las madrinas de guerra, las mujeres pelearon en todos los frentes, condujeron ambulancias, se ocuparon de los transportes públicos ante la ausencia de los hombres, formaron parte de los servicios auxiliares ocupándose de las transmisiones, etc.

Al margen de ese trabajo directo, hubo mujeres escritoras y periodistas que narraron las atrocidades que vieron con sus propios ojos, en los frentes de batalla y en las retaguardias, ya que «escribir para exponer las heridas de guerra es el primer paso para cerrarlas» (Margaret Higonnet). Hubo fotógrafas, pintoras y escultoras que grabaron en sus retinas esas imágenes y las convirtieron en obras de arte.

Hubo novelistas que recrearon años después esas convulsiones e historiadoras que analizaron con detalle y con rigor lo que esos años supusieron para la marcha de la humanidad.

Ese fue el momento de su vinculación activa, y masiva, al mundo del trabajo, pues las guerras se libran en las trincheras, pero generalmente se ganan en la retaguardia. De ahí vendría luego la obtención del derecho al sufragio femenino en algunos países (Dinamarca e Islandia, 1915; Holanda y la URSS, 1917; Gran Bretaña y Alemania, 1918; Suecia, 1919; Estados Unidos, 1920; etc.) y su larga marcha posterior hasta su equiparación y emancipación. Pero eso es ya otra historia.

El final de la guerra supuso, en muchos aspectos, un intento de vuelta a los modelos anteriores: en lo económico, en lo social, en lo ideológico; pero algunos logros sociales que las mujeres habían conseguido, como consecuencia del conflicto, quedaron consolidados. Como escribe el historiador Juan Sisinio Pérez Garzón en su *Historia del feminismo*: «La Guerra había abierto espacios antes vedados a las mujeres y eso resultaba ya irreversible».

El libro lo abre Virginia Nicholson (sobrina nieta de Virginia Woolf), que nos ofrece una panorámica sobre las «mujeres solas», las británicas que vivieron durante el conflicto y cómo se adaptaron a él.

Seguidamente, otros textos abordan el papel de las mujeres en las negociaciones para la paz (Ana Barrero); el de las enfermeras en los frentes (Teresa Gómez Reus) o el de las numerosas espías en ambos bandos contendientes (Capitolina Díaz).

Por su parte, Eva Palomo analiza las vinculaciones entre la lucha por el sufragio de las mujeres y las tensiones bélicas, mientras que Amalia Descalzo repasa el papel de la moda y su evolución en las dos primeras décadas del siglo xx.

Vivimos en una época que la palabra *guerra* provoca un rechazo inconsciente similar al que suele suscitar la palabra *feminismo*. Así que si asociamos estos dos términos, la conjunción no es muy feliz.